

DEL PASADO PROXIMO CACEREÑO

Los toros frente al socialismo

(1907)

SOLO dos años antes, en 1905, los cacereños aplaudían candorosos la celebración de la Fiesta del Trabajo, como un pueril entretenimiento de los socios del Centro Obrero; pero en estos dos años habían comprendido que el socialismo no era una broma inocente. Ya se iban modificando y modernizando el ambiente y los espíritus, que no en vano durante este año de 1907 se implantaron varias innovaciones. Fué una, muy importante, la inauguración del servicio de viajeros en automóvil de Cáceres a Trujillo, por el entonces elevado precio de siete pesetas con ochenta céntimos en primera y seis pesetas en segunda; otra novedad la constituyó la aparición de capuchones en Semana Santa, por iniciativa del Alcalde don José Elías y donativos, para la compra de las túnicas, del Prelado y de la Condesa de la Torre de Mayoralgó. Antes, el Domingo de Piñata, habían aparecido por primera vez en las calles de Cáceres dos carrozas de Carnaval, representando una de ellas una azotea andaluza y la otra una chinesca taza de té.

Novedad, aunque con viejo abolengo, fué para Extremadura la declaración del patronato canónico de la Virgen de Guadalupe, a la que una revista chilena, *La Estrella de Andacollo*, proclamaba un año después Patrona del Nuevo Mundo. Por haber novedades, hasta cayó en toda la región, a comienzos de Febrero, una nevada como no se conociera jamás, y en Cáceres empezaron a celebrar reuniones para ocuparse de la traída de aguas, pintoresco tema que tanto juego dialéctico y literario iba a dar, aunque el agua no ha llegado todavía.

La gente cacereña quería vivir a un ritmo más actual. Por eso los modestos funcionarios de la Secretaría de la Audiencia gestionaban que se elevase en algo su sueldo de setecientas cincuenta pesetas al año, y por eso el público llenaba el cinematógrafo, para admirar por primera vez las cupletistas, aunque ello motivase agrias censuras de la prensa, que tronaba contra los que, no teniendo para cenar en su casa, no les importaba derrochar—¡derrochar!—gastándose los quince céntimos, precio de la entrada.

Con espíritu distinto, como empezamos diciendo, se miraba ya en Cáceres al socialismo. Ello hizo que el anuncio de un mítin de propaganda, a cargo de un destacado primate madrileño, provocara una instantánea reacción de las clases conservadoras, que en este caso demostraron gran ingenio al improvisar armas contra la política demagógica: al socialismo, opusieron una fiesta de toros. Realmente, era un republicano el que venía; pero se trataba de captar a los so-

cios del Centro Obrero. La lucha iba a plantearse contra el socialismo embrionario.

Con muy poca anticipación se supo en Cáceres que el martes, 17 de Febrero, llegaría el diputado Rodrigo Soriano, para dar un mítin en el teatro «Variedades». Mientras obreros y republicanos hacían sus preparativos, los jóvenes de la alta sociedad—aquellos mismos jóvenes que el día de las Candelas organizaron en la «Concordia» un hermoso baile de rojo y amarillo—preparaban algo que iba a producir sensación. Pronto fué del dominio público que el mismo día y a la misma hora del mítin habría una humorística becerrada, completamente gratis. Y así ocurrió: mientras a las tres de la tarde unos cuantos obreros se metían con Rodrigo Soriano en «Variedades», cerca de siete mil personas llenaban la plaza de toros.

En el mítin hablaron Méndez, San José, Jiménez, Macías y Canales, cerrando el acto un largo y enconado discurso de Soriano, que arremetió contra lo estatuido, contra la política y contra los políticos, siendo nota curiosa, entre esta furia destructiva, que respetase la figura insigne del gran don Antonio Maura, del que dijo que lo prefería a «todos los hipócritas, por ser hombre de convicciones, que pelea de frente y no engaña a nadie».

Mientras gritos y aplausos resonaban en «Variedades», la multitud aplaudía y gritaba en la Plaza de Toros, riendo y gozando con la cómica becerrada. Los matadores, Manuel Elías, Fernando García-Becerra, Argüello, Gamboa, Bertola y Diego Cabrera, iban con frac rojo, calzón blanco y alpargatas. Los de la cuadrilla vestían de smoking, tocados todos con sombrero de copa. Juan de la Riva pidió la llave, con chaqué y chistera, montando en una burra. La presidencia, entre guirnaldas y gallardetes, estaba a cargo de Manuel Muro, rodeado de numerosos asesores. Amenizó el espectáculo la Banda de Música del Hospicio.

Junto a las notas humorísticas, las mujeres cacereñas pusieron la pincelada luminosa de su belleza y el esplendor de sus atavíos. Cada familia adornó su palco, con derroche de lujo y buen gusto, luciendo en él las muchachas de la casa sus mejores galas, «como si se tratara de una corrida regia».

Para conservar el auténtico sabor del episodio, dejamos hacer el comentario a un gacettillero de entonces. Decía así, en las columnas de su semanario:

—«Cuanto se diga es poco. La novillada que el martes celebraron algunos jóvenes de nuestra distinguida sociedad, pasará a la historia. Con ella demostraron que tienen ingenio, corazón, buen humor y sal por arrobos...Siendo cosa de los «señoritos», de convite, el pueblo se echó a la calle en busca de papeletas, asaltó las casas y no dejaban andar a los que repartían billetes. Así resultó: la Plaza de bote en bote. Cerca de siete mil almas se apiñaban para divertirse con el chistoso espectáculo, sin que les importasen un bledo lo que a aquella misma hora estaba diciendo Soriano en el mítin...Y resultó la genialidad».

En este primer incruento choque de derechas e izquierdas en Cá-

ceres, los toros vencieron al socialismo, en batalla a la que no podemos negarle plenitud de originalidad e ingenio. Aunque los espíritus iban abriéndose a las innovaciones, estaba muy lejos aún el mundo de enconadas pasiones políticas, de lucha de clases, que habíamos de conocer la generación actual. En aquel mundo post-romántico, todo era suave, cortés, sencillo. La gracia de unos muchachos vencía a los líderes demagógicos, sin que ello tuviera más alcance que el momentáneo triunfo y los apacibles comentarios en las casas y en las tertulias del estanco de la Plaza, de la imprenta de don Luciano Jiménez y de «El Noticiero», en cada una de las cuales se departía cordialmente a diario, bajo las respectivas presidencias del anciano Conde de Canilleros, del prócer y bondadoso jefe del partido maurista, don Miguel Muñoz Mayoralgo, y de los letrados directivos del grupo liberal, los hermanos don Joaquín y don Juan Muñoz Chaves.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

SUSCRÍBASE USTED

a la *COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS*, de la que han aparecido, hasta ahora, los volúmenes siguientes:

- 1.—*Don Gutierre de Sotomayor. Maestre de Alcántara, (1400-1453)*, por Miguel Muñoz de San Pedro.
- 2.—*La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 3.—*Desde la lejanía (Poemas)*, por Alfonso Albalá Cortijo.
- 4 y 5.—*Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 6.—*Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, por Francisco Elías de Tejada.
- 7.—*Extremadura y el franciscanismo en el siglo XVI*, por José Luis Cotallo, y
- 8.—*Tres escritores extremeños (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio)*, por Francisco Elías de Tejada.

ARCO IRIS GUADALUPANO

“E hicieron Colón y todos votos y promesas a María Santísima y a alguna santa de devoción española por si se apiadaban de ellos y los sacaban en bien del hórrido trance. Se echó un romero que había de ir a Santa María de Guadalupe y llevar un cirio de cinco libras de cera, y la suerte designó al mismo Colón para que fuera tal romero».

Ya desde aquel momento, en sazón de tempestad y en trance de agonía, quedaba solicitado el patronato de la Virgen de Guadalupe para toda la empresa de España en Indias, para que, bajo su manto, fueran protegidos los pueblos que habían de surgir, con palpitaciones vírgenes e inaugurales, a todo lo largo y lo ancho de la nueva tierra que aguardaba un nuevo Jordán de gracia que la fecundase. Y Santa María de Guadalupe no desamparó a los que así se volvieron a Ella. A sus pies vinieron con Colón los primeros indios que iban a recibir las aguas lustrales de la fé en su monasterio en un acto simbólico de acatamiento y gratitud.

Y a sus piés habían de venir a postrarse todos los conquistadores extremeños, esa docena de nombres que encierran en sí la geografía entera, hecha gloriosa, militar y culta a sus pasos, de todo un continente. Y aquí habían de volver para ofrecer novenas y cumplir promesas aquellos capitanes cuyo genio pasmó a los historiadores de la táctica.

Porque, gracias a Dios, cada afán español ha estado presidido por una advocación mariana. Desde Covadonga que preside la Reconquista, hasta la Virgen del Pilar a la que vuelven los ojos nuestros abuelos para sacudir la garra napoleónica, pasando por Monserrat en la expansión mediterránea y Guadalupe en la atlántica, todos los pasos españoles han sido guiados por el rastro luminoso de Santa María. Había de corresponder a la advocación de Guadalupe la ecumenicidad de España. Ya su imagen había sido peregrina ecuménica de Bizancio a Roma, y de Roma en manos de San Leandro a Sevilla, y de Sevilla a estos montes Mariánicos o Marianos donde se ocultaba seis siglos, para volver a surgir a tiempo de presidir la milagrosa batalla del Estrecho, la gran victoria del Salado, que abrió el seno tartesiano a la inquietud atlántica de los españoles, señalando una ruta de gloria evangélica más allá de los mares.

Dicen que al principio la imagen de Santa María de Guadalupe, como todas las imágenes bizantinas, figuraba sedente. Pero que luego, la gente extremeña por añadirle exornos fervorosos desbastó el respaldo y colocó sobre sus hombros un manto donde poder cuajar en aljófares las riquezas de sus ofrecimientos. Yo más bien creo que